

Frances
Whiting

El arte de
caminar sobre
trampolines

SUMA

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para John, Max y Tallulah

PRÓLOGO

Su piel.

Mis manos conocían el camino que había recorrido.

Cicatriz en forma de coma en la rodilla izquierda: accidente con el *dragster*, el «Diablo rojo», 1974; puntos de sutura justo encima de la ceja derecha: corte con la quilla de la tabla de surf, Cabarita, 1982; tatuaje casero azul marino con perfiles desvaídos en la muñeca izquierda: de tiempos del colegio, mi nombre.

Conozco esta piel, conozco su tacto, conozco su olor, la conozco centímetro a centímetro.

Joshua Keaton.

Se gira hacia mi lado en el océano de una cama del Hotel du Laurent, desasosegado y caliente bajo la frialdad de las sábanas.

Noto en el estómago pequeñas oleadas de náuseas y me duele la cabeza con cada palpitación en las sienes, señales, sé, de una resaca que, como diría Simone, tumbaría incluso a un búfalo.

Me escapo de la cama, entro en el cuarto de baño, miro con ojos de mapache el espejo y veo a la chica que ha hecho esto.

Tengo algo en el pelo, una cosa pequeña, de color rosado y redonda.

Confeti.

De ayer en la iglesia, de cuando salimos a la calle y nos vimos rodeados por mujeres con sombrero y niños que se apretujaban entre perneras de trajes de raya diplomática.

Mi padre me había acariciado la mejilla justo antes de entrar. «Todo irá bien, Lulu, tranquila», me había dicho, y así había sido.

Al entrar en la iglesia, Josh se había girado hacia mí y, justo en aquel momento, todo había desaparecido —las velas de sándalo, los ramilletes de minúsculas rosas prendidos a los bancos— y me encontraba de nuevo delante del mostrador del pequeño supermercado de Snow, donde Josh y yo nos quedamos mirándonos, con una sonrisa pasmada en nuestros rostros de dieciséis años.

Había recorrido el pasillo gracias a la fuerza de aquella mirada, había caminado hacia Josh con la determinación de que, de aquel día en adelante, para bien o para mal, pensaría única y exclusivamente en el futuro hacia el que nos dirigíamos, en vez de permanecer aferrada a los detalles de los lugares donde habíamos estado.

Vuelvo a la cama y Josh se mueve hacia mí, descansa la cabeza sobre mi pecho, donde empieza a subir y bajar al ritmo de mi respiración, sus rizos oscuros atrapados entre mis dedos, sus brazos buscándome en la penumbra, sus ojos adormilados abriéndose de repente de par en par, horrorizados.

—Lulu —dice—, ¿qué demonios?

Se sienta en la cama, rígido, y sale de su boca un torrente de palabras que llueve sobre nosotros como el confeti de ayer.

Porque, a pesar de haberme despertado entre las sábanas revueltas de los recién casados al lado de Joshua Keaton y esa piel que tan bien conozco, yo no era su esposa.

PRIMERA PARTE

1

Existe un momento de pánico en el que el tiempo se paraliza, en el que queda suspendido como farolillos chinos sobre la calle, y durante ese instante puedes incluso engañarte y creer que todo irá bien si logras mantener la calma.

Hubo una discreta llamada a la puerta, un golpe seco, breve, como una tos, seguido por otros mucho más fuertes, puños aporreando la madera.

Metí a Josh —que andaba agitado de un lado a otro de la habitación del hotel y tropezaba constantemente con la sábana blanca que mantenía pegada al pecho, como si con ello pudiera esconder de algún modo lo que había hecho, lo que habíamos hecho— en el cuarto de baño.

—Josh —dije, sujetándolo por los hombros en un intento de que permaneciera quieto el tiempo suficiente como para poder mirarlo a los ojos—, tenemos que mantener la calma. Estoy segura de que Annabelle está ahí fuera y hay que buscar la manera de explicarle qué haces aquí antes de que entre y nos mate a los dos.

Josh abrió los ojos como platos cuando comprendió la realidad de la situación.

Pero era demasiado tarde: ambos oímos abrirse la puerta de la habitación y acto seguido la llegada del ciclón Annabelle.

Asomé la nariz y la vi junto al amedrentado encargado, que tenía en la mano un manojito de llaves maestras y que cerró la puerta rápidamente intentando hacer el menor ruido posible.

—Joshua. —La voz de Annabelle, rebosante de gélida gentileza, atravesó la habitación—. Sal de ese cuarto de baño ahora mismo, y Tallulah, ¿podrías salir tú también, por favor?

Fue el «por favor» lo que marcó la diferencia.

Conocía a Annabelle Andrews desde que ella tenía doce años; la había visto enfadada, la había oído resoplar, subirse por las paredes y gritar como una energúmena cuando las cosas no salían como ella quería; la había visto llorar, tumbar de un puñetazo a un tipo en una discoteca porque se había mostrado grosero con ella, dejar sumidos en un valle de lágrimas a varios chicos más, pero nunca, jamás, la había visto mostrarse educada.

Petrificada, empujé a Josh hacia fuera para que se enfrentase con ella y me encerré dentro.

En cuestión de segundos, después de unos cuantos gritos y de un golpe fuerte que debió de dar la puerta al cerrarse, se hizo el silencio.

Me tumbé en el suelo y dejé que la frialdad de las baldosas me acogiera mientras el aire acondicionado del hotel zumbaba levemente en el fondo. Cerré los ojos y recordé.

Lo recordé todo.

Yo tenía doce años cuando Annabelle Andrews entró pavoneándose en mi vida a través de la clase de séptimo, pasando completamente de la hermana Escolástica, que intentaba presentárnosla de la manera habitual.

—Muy bien, chicas, aquí tenéis a la última incorporación a la familia del St. Rita, Annabelle Andrews, que ha llegado a nuestra preciosa Juniper Bay procedente de Sídney donde... Annabelle, todavía no te hemos elegido sitio.

—No pasa nada, hermana —replicó Annabelle—. Me sentaré aquí.

No: «¿Podría sentarme aquí?». Ni: «¿Se sienta alguien aquí?». Sino: «Me sentaré aquí».

Annabelle Andrews dejó los libros en el pupitre contiguo al mío, sonrió de oreja a oreja, tomó asiento y reivindicó su

derecho sobre mí.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó en voz baja mientras la hermana Escolástica aleteaba a nuestro alrededor, visiblemente molesta por haber visto truncado su proceder habitual.

—Tallulah —le respondí también en voz baja.

—¿Tallulah qué?

—De Longland —dije—. Pero nadie me llama Tallulah, todo el mundo me llama Lulu.

—Tallulah de Longland —dijo lentamente, ignorándome y dejando que las eses se repantigaran con pereza en su boca antes de dictar sentencia.

—Un nombre *glamuroso* —declaró.

A Annabelle le gustaba enganchar entre sí partes de palabras, ensartarlas para formar otras nuevas, crear un idioma propio. Con el tiempo, acabó permitiéndome compartir con ella aquel idioma, y, si se me ocurría alguna palabra que le gustara en especial, exclamaba con acento británico y en tono burlón:

—¡Tallulah, esto es *brillambroso*!

El idioma de Annabelle se convirtió rápidamente en una forma de hablar entre nosotras que excluía a todos los demás, y eso a Annabelle le iba de maravilla.

—Al fin y al cabo —como me decía una y otra vez mientras tiraba de mí para alejarme de Stella Kelly y Simone Wilson, que hasta la llegada de Annabelle habían sido mis mejores amigas—, ¿para qué perder el tiempo con gente que es, seamos francas, Tallulah, tan *aburrordinaria*?

Al finalizar aquella primera mañana, durante la cual Annabelle se mantuvo firme —firmemente sentada, en realidad— y se negó a moverse de la posición que había ocupado a mi lado, su lugar se dio por hecho.

Nunca jamás me llamó Lulu, siempre Tallulah, y a partir de aquel momento nos convertimos, para bien o para mal, en amigas íntimas.

Cuánto la quería.

Era *diverticiosa*.

A veces me pregunto si Annabelle me eligió simplemente por mi nombre. En un lugar lleno hasta los topes de vulgaridad, entre una abundancia de Traceys Stewart y Lorraines O'Neill, Tallulah de Longland era lo más *glamuroso* que podía encontrar en el colegio St. Rita para jóvenes señoritas o, como decía Annabelle, el colegio St. Rita para jóvenes lesbianas.

El caso es que me escogió a mí, por motivos que nunca llegué a comprender muy bien, y desde que empecé a frecuentar la casa de Annabelle y a vivir el fantástico caos que reinaba en su interior, con las dramáticas declaraciones de su madre, Anne, y la presencia de su padre, Frank, dando vueltas despistado por allí, no dejé de temer que todo aquello me fuera arrebatado.

Temía que Annabelle me pillara; que abriera esos ojos verdes de gata que tenía y viera que yo no pertenecía en absoluto a aquel lugar.

Pensaba que un día se despertaría, se daría cuenta de que yo era una intrusa y me devolvería de un puntapié, con las Traceys y las Lorraines, al lugar que realmente me correspondía. «¡Dios mío, Tallulah! —imaginaba que exclamaría—. ¡No me había dado cuenta de lo *tedio* que llegas a ser!».

Pero no lo hizo y, al final, en algún momento del recorrido que hacíamos cada día al salir del colegio, durante el cual discutíamos a qué casa iríamos a pasar el resto de la tarde, dejé de esperar que lo hiciera.

Incluso ahora me cuesta pensar en Annabelle sin pensar también en su casa. Conocida en la zona como «la casa del río», estaba protegida por unas gárgolas gemelas que flanqueaban la verja de entrada, tenía un tejado cuyo perfil desaparecía lentamente bajo un manto de ramas entrelazadas y un jardín que se extendía hasta alcanzar la orilla del río.

—Vivo en una selva —declaraba Annabelle con un suspiro cada vez que nos plantábamos frente a la verja.

Y tenía razón, aunque su afirmación ignoraba el hecho de que entre la vegetación había una casa que, por mucho

que estuviera desmoronándose, era preciosa, y que, entre aquellos muros que le daban aspecto de colmena, estaban los padres de Annabelle, Frank y Annie.

Todo el mundo los conocía, claro está, puesto que la llegada de los Andrews a nuestra pequeña ciudad costera había sido como si alguien hubiera soltado una manada de pavos reales en nuestros jardines delanteros. La gente no se cansaba de repetir que ambos eran artistas conocidos «de Sídney», como si aquello estuviera en el extranjero; lo cual, imagino, podría ser perfectamente cierto.

Mi primera visita a la casa del río fue un viernes por la tarde al salir del colegio, y recordarla es como pulsar la tecla de repetición en un DVD. Empieza con Frank, que abre la puerta, hace una reverencia y me dice:

—Tú debes de ser Tallulah. ¡Pasa, pasa, te he preparado unos pastelitos *lamington* redondos! ¿Qué te parece?

¿Que qué me parecía?

Me parecía que Frank Andrews era el hombre más maravilloso que había conocido en mi vida. Tenía ese atractivo de la vieja escuela de Hollywood; su cara, como la de todos los varones Andrews, era como un mapa de carreteras machacado por el uso, con surcos profundos y perfiles irregulares, senderos y arrugas entrecruzados que caían como de un precipicio desde los pómulos.

Lucía un bronceado en un tono nogal intenso, era alto y delgado, sus musculosos brazos y piernas enfundados siempre en camisetas de tirantes blancas de Bonds y pantalones cortos de color verde oliva, ambos, igual que Frank, salpicados de pintura.

—Si cuando me muera te dejo en la indigencia, Annie —había dicho un día mientras estábamos todos tumbados en el césped de la casa del río—, te concedo permiso para que cortes cualquiera de mis extremidades y la vendas como un original de Frank Andrews.

—¿Solo una, Frank? —había replicado Annie.

Frank se echó a reír y se bajó hasta los ojos la gorra de marinero que Annie decía que llevaba soldada a la cabeza.

Era guapo, Frank Andrews, y creo que seguramente me enamoré un poco de él desde el instante en que abrió la puerta y ofreció a una insegura niña de doce años los peores *lamingtons* —y redondos, que no cuadrados— que había probado en el transcurso de su corta vida.

Aquella primera tarde, Frank, Annabelle y yo nos sentamos a la mesa para comerlos, Annabelle poniendo los ojos en blanco con exasperación cada vez que engullía un bocado y él arrugándolos por las comisuras con una expresión maliciosa.

—¿Qué pasa? ¿No te gustan, Belle? ¿Tú qué opinas, Tallulah de Lovely?

—Opino que están muy buenos, señor Andrews —dije. Y Annabelle resopló con sarcasmo.

Frank me dedicó una de aquellas sonrisas contraídas.

—Cuando te parezca bien —dijo—, puedes llamarme Frank.

Cada vez que me tropezaba con él por aquella casa —y así era siempre con Frank, la sensación no tanto de verlo, sino de chocar con él de forma inesperada—, me decía alguna cosa que me hacía sentir realmente bien; me llamaba Tallulah de Lightful o Tallulah de Lovely, y Annabelle decía «Más bien Tallulah de Mente», y los tres nos echábamos a reír como hienas.

No recuerdo haber conocido a Annie aquel primer día, y supongo que no la conocí entonces, porque imagino que cualquiera se acuerda a la perfección de su primer roce con Annie Andrews.

Annie, con su cabello cobrizo sujeto con pasadores y pañuelos. Annie, con aquellos broches en forma de escarabajo y aquellos brazaletes enrollados como serpientes en los brazos. Podías, como decía siempre Annabelle, oír a Annie mucho antes de que hiciese su entrada, y Annie siempre parecía estar entrando en escena, incluso cuando simplemente volvía del cuarto de baño.

Lo único discreto en Annie era la voz, baja y ronca; a veces, para escucharla, tenías que inclinarte sobre ella, inclinarte sobre su Annie-sidad.

«A los hombres les encanta, Lulu», me comentó una vez en la casa del río, y no me cabía la menor duda. Aun en el caso de que Annie no estuviera con Frank, aun en el caso de que no hubiese contraído matrimonio con la realeza del arte australiano y que su boda, celebrada en 1964, no hubiese sido portada de *Women's Weekly* bajo el titular «La imagen perfecta», aun en el caso de que luego no hubiese recreado aquella portada en uno de sus cuadros, sustituyendo la cabeza de Frank por la de un pavo real y la suya por un anzuelo de pesca, Annie habría encontrado la manera de no pasar desapercibida.

En Juniper Bay, sin duda alguna, no pasaba desapercibida.

—¿Así que has ido a casa de los Andrews? —me preguntó mi padre, Harry, aquella noche durante la cena, uno de los habituales festines con que nos deleitaba mi madre: cordero asado, patatas a las finas hierbas, puré de calabaza con mantequilla, boniato gratinado, guisantes aromatizados a la menta, zanahorias con miel, panecillos, mantequilla y salsa de carne, rematado todo ello con un *crumble* de ruibarbo con doble ración de nata. («Sinceramente, Lulu, es un milagro que no estés *pantagruenorme* —solía decirme Annabelle—, un milagro de verdad»)—. ¿Y...?

—¿Y qué? —dije, poniendo los ojos en blanco con exasperación, una repetición del gesto que había hecho Annabelle aquella misma tarde.

—¿Y te han embadurnado con miel y te han hecho aullar a la luz de la luna? ¿Te han metido en un antro de esos donde se fuma opio? ¿Te han... —Harry jadeó un instante — agujereado las orejas?

Era la única chica en todo el St. Rita sin agujeros en las orejas; Rose nunca había permitido que me los hicieran. Siempre decía, con palabras que al final habría deseado no haber pronunciado nunca, que hacían que las chicas parecieran «prostitutas de Kings Cross»... Rose, que jamás había estado en el Cross y mucho menos había visto una prostituta vendiendo allí su mercancía.

—Muy gracioso, Harry —dijo Rose, que llegaba con más patatas, pero detrás de las bromitas de Harry estaba el chismorreo que se había disparado por todo Juniper Bay desde que los Andrews habían hecho su aparición.

Era como si hubieran soltado una familia de gatos exóticos por la zona. Y su llegada era lo más interesante que había sucedido por allí desde que, en los años cincuenta, el mar arrastró hasta Wattle Beach una maleta llena de dólares americanos; «dinero de la mafia», decía por aquel entonces todo el mundo, emocionado incluso por cómo sonaban aquellas palabras.

Se hablaba de los Andrews como de «la familia artística más destacada de Australia» y sus diversas ramificaciones estaban salpicadas de pintores, escultores, arquitectos, dramaturgos y poetas. Eran famosos para bien y para mal. Gente que en su vida se había parado delante de un cuadro sabía perfectamente quién era la familia de Annabelle.

El padre de Frank, «Craggy Jack» Andrews, era uno de los paisajistas más respetados del mundo y se había hecho merecedor del honor de tener un sello de correos australiano con su imagen. Célebre era la frase de Annie cuando un periodista la entrevistó con motivo del fallecimiento del artista: «Bueno, al menos podremos seguir dándole un lametón en la nuca».

La madre de Frank, Christa, que todavía vivía y que, en su estudio de paredes encaladas, aún seguía encaramándose a tambaleantes escaleras para arrojar desde allí pintura a los gigantescos lienzos que disponía en el suelo, era famosa por derecho propio tanto por su obra como por acoger de nuevo, una y otra vez, a Craggy Jack, cuando volvía a llamar a la puerta, avergonzado y compungido, después de alguna de sus frecuentes desapariciones.

Fergus, el hermano mayor de Frank, se dedicaba a dirigir documentales y viajaba por el mundo siguiendo la pista de especies raras y en peligro de extinción, de tribus perdidas y, según contaba Annie, de mujeres fáciles.

No había, por lo visto, mucha sintonía entre Annie y su cuñado. En una ocasión, Annabelle me contó que había ha-

bido un frenesí de cartas entre abogados y que casi habían llegado a los tribunales como consecuencia de un comentario que Annie había hecho a un periodista con referencia al famoso hermano de Frank: «Oh, sí, Fergus es maravilloso, tiene una manera especial de aventurarse por lugares remotos y aún por descubrir, de fecundar a todas las mujeres que encuentra». Frank había obligado a Annie a disculparse públicamente y todo se había solucionado pero, según Annabelle, cuando llegó Navidad, Fergus había enviado unas cuentas de cristal desde Ghana para toda la familia... excepto para Annie.

Annabelle sabía imitar a Fergus a la perfección. Es como si aún estuviese viéndola, en cuclillas en el jardín de su casa, con la mirada fija en una cámara inexistente y diciendo: «Así que ¿dónde podrán vivir los wahi-wahi si la arena invade sus tierras, soladas por la sequía?», mientras yo me mondaba de risa tumbada en el césped.

Ir a casa de los Andrews era como visitar un país extranjero; en vez de pasarnos el rato gritando por culpa de alguna de las eternas travesuras de mis hermanos gemelos —arañas de mentira en los zapatos, polvos pica-pica en los sacos de dormir—, nos sentábamos descalzas en el salón y escuchábamos música de la colección de discos de Frank.

—Lo que se escucha ahora en este fragmento, chicas, es la superposición, tan característica de Coltrane, de tres acordes en uno, ¿lo oís? —nos decía, moviendo la cabeza al ritmo de la música.

Annie llegaba con su copa de vino y se ponía a bailar; si Annabelle estaba de buen humor, se le sumaba y yo me quedaba sentada en la alfombra asimilando la escena, mirando a Frank, Annie y Annabelle y preguntándome cómo había llegado hasta allí.

En comparación, mi familia me parecía increíblemente aburrida, un hecho del que no había sido consciente hasta que Annabelle entró en mi vida. Incluso Simone y Stella, a quienes conocía desde pequeña, pasaban a ocupar un segundo plano cuando estaba Annabelle; al lado de su inten-